

# Leyendo textos autobiográficos con la APA

## Reading autobiographical texts with APA

**Philippe Lejeune**

Universidad París-Nord (Villetaneuse)  
philippe.lejeune@autopacte.org

### Resumen

En julio de 2002 Philippe Lejeune fue invitado a Finlandia por la Academy of Autobiography en Kårsämäki, cerca de Oulu. Esta es la conferencia que allí pronunció el eminente teórico del método biográfico y que Fernando Lores ha traducido del inglés conservando su estilo oral. Se trata de presentar la experiencia de la APA (Association pour l'Autobiographie et le patrimoine autobiographique) de la que es cofundador.

**Palabras clave:** Textos autobiográficos no publicados, diarios, memorias, Association pour l'Autobiographie et le patrimoine autobiographique (APA)

### Abstract

In July 2002 Philippe Lejeune was invited to Finland by the Academy of Autobiography in Kårsämäki, near Oulu. This is the speech given by this eminent theorist on biographical methods. In this English translation, Fernando Lores has maintained the oral style of the original. It presents the experience of APA (Association pour l'Autobiographie et le patrimoine autobiographique) which he co-founded.

**Key words:** Unpublished autobiographical texts, diaries, memoirs, Association pour l'Autobiographie et le patrimoine autobiographique (APA)

Mi propósito es presentar la experiencia francesa de la APA. Nos denominamos a nosotros mismos “*asociación*”, de la misma manera que ustedes se llaman a sí mismos “*academia*”, y nuestros amigos italianos de Pieve o los alemanes de Emmendingen se consideran “*archivos*”. Todos nosotros tenemos en común que empezamos con una A y profesamos un interés apasionado por la Autobiografía. Pero nuestras historias, así como nuestras características, son ligeramente distintas. En primer lugar voy a ofrecerles unas pinceladas sobre la APA, sobre cada uno de sus dos fundadores, después me centraré en el problema de cómo leer textos autobiográficos.

Déjenme introducirles la APA: éste es el acrónimo de la “*Association pour l'autobiographie et le patrimoine autobiographique*”, - Asociación de la autobiografía y del patrimonio autobiográfico-. Fue fundada hace diez años, en 1992, por Chantal Chaveyriat-Dumoulin y yo mismo. Se registró bajo la ley 1901, un decreto del

Parlamento que estipula la manera en que deben proceder las asociaciones para ser reconocidas. La cuota es de 35 euros y ahora somos en torno a 800 miembros, tanto extranjeros como franceses. Pueden unirse si lo desean, y recibir tres veces al año una copia de nuestra revista *La Faute à Rousseau*. Esta revista está escrita en francés. Los socios eligen un consejo de administración de 20 personas que se reúnen tres veces al año en una sesión de día completo. Es nuestro Parlamento. Este consejo de administración elige un ejecutivo de cuatro personas, que es nuestro gobierno: incluye un presidente (Gilles Álvarez, actualmente), un vicepresidente, un tesorero y un secretario general. El domicilio oficial de nuestra asociación está en un pequeño pueblo, cerca de Lyon: Ambérieu-en-Bugey, donde nos han cedido espacio en la biblioteca municipal y hemos pedido a su bibliotecario que cuide de nuestra colección de archivos. Hemos conseguido allí ayuda de una secretaria a media jornada y, como he dicho, espacio para albergar los textos autobiográficos que recibimos. Hay alrededor de 1400 textos hasta ahora, que abarcan desde autobiografías propiamente dichas hasta cartas y diarios. Les diré ahora cómo las conseguimos y negociamos. Recabar, leer, preservar estos archivos y darlos luego a conocer es una de las dos actividades principales de la APA. Esto es lo que tenemos en común con los archivos de Pieve y Emmendingen. La otra actividad es la de organizar eventos: la APA es una organización activa. Por un lado tiene una docena de grupos en varias zonas de Francia que se reúnen regularmente con el objeto de reflexionar, discutir o escribir; también se publica una revista, *La Faute à Rousseau*, cada número trata de un tema especial, e intenta reflejar todos los aspectos de la vida cultural de Francia y del extranjero relacionados con la autobiografía. La APA además organiza tres encuentros generales al año: un coloquio en París cada mes de marzo con una mesa redonda (este año el tema fue “censura y autocensura” en textos autobiográficos), un fin de semana en junio en Ambérieu o en otra ciudad de provincias, y en noviembre el Día del Diario en París, el cual tendrá este año como tema central “Los Diarios Gigantescos” (¿cómo puede uno leer o releer un diario de 30.000 páginas?). Además, la APA organizó distintas exposiciones, de las cuales la más importante tuvo lugar en Lyon en 1997 titulada *Un diario propio*. Hay un club social de apoyo a tales actividades; congrega gente con una pasión compartida (la mayoría escribe un diario o ha escrito uno, o espera escribir su autobiografía), y también tiene una dimensión pública: nosotros intentamos ofrecer a la sociedad francesa una imagen positiva de los escritos personales, y luchamos contra fuertes prejuicios.

Déjenme ahora presentarles a los dos fundadores. Chantal Chaveyriat-Dumoulin era en 1990 bibliotecaria de profesión, trabajaba en Lyon y vivía en la pequeña ciudad de Ambérieu-en-Bugey. Compró el libro que yo había publicado recientemente, *Cher cahier...*; éste es un compendio de 47 testimonios de diaristas en el que describen las experiencias con sus propios diarios. Ella misma había escrito un diario en su juventud, igual que su madre; también como su tía abuela y su bisabuela. Chantal me escribió y me envió cuatro páginas mecanografiadas con extractos del

diario de su bisabuela, una joven señorita Claire Pic que vivió en Bourg-en-Bresse en la década de 1860. Me enamoré de Claire Pic: ¡esa jovencita era tan lúcida y tan sensible! —y qué extraño, ella escribió el mismo género de cosas en su diario alrededor de 1860 que yo en el mío en 1950— ¡aunque ella escribiese mucho mejor! Este encuentro ha tenido dos consecuencias: en primer lugar, comencé un estudio sobre los diarios de chicas francesas en el siglo diecinueve —un campo que nunca había sido estudiado antes, y el cual me llevó a publicar un libro en 1993, *Le moi des demoiselles* (*El yo [self] de las señoritas*, aunque el título en francés es un juego de palabras); el libro presenta alrededor de cien diarios enmarcados en mi propio diario de investigación. La segunda consecuencia de aquel encuentro fue que Chantal y yo nos hicimos amigos. Ella se interesó por mis proyectos sobre archivos autobiográficos y me dio un buen consejo justo cuando yo había perdido toda esperanza de que alguien se interesara por mis ideas: todo el mundo se escurría con amables palabras. Ella dijo: “Philippe, debes fundar una asociación y registrarla bajo la ley 1901”. En otras palabras, Dios auxilia a quienes se auxilian por sí mismos. Qué acertada estaba. El primer paso a dar es crear algo por ti mismo, probar que funciona, que es útil, y entonces, sólo entonces, solicitar la ayuda de las autoridades. Ella tuvo otra brillante idea: ubicar nuestra asociación en una pequeñita ciudad (Ambérieu cuenta 11000 habitantes, es comparable en tamaño a Pieve, Emmendingen o Kärnsämäki...) y demandar del ayuntamiento ayudas apropiadas y no meros subsidios. En París o Lyon hubiéramos permanecido perdidos e invisibles en la multitud. En Ambérieu, somos visibles y contribuimos significativamente al sentimiento de identidad local. A la entrada de la ciudad, en la cuneta, un cartel descomunal anuncia: “Ambérieu, ville de l’autobiographie” (¡“Ambérieu, ciudad de la autobiografía”!).

El otro fundador soy yo mismo. ¿Quién soy yo? Aparentemente un académico cuya especialidad es la autobiografía y autor de libros teóricos y de crítica literaria. Aunque sería ciertamente más ajustado decirlo al revés: quizá sea un autobiógrafo extraviado en la academia. Mi apasionado interés por la escritura personal nació en 1953, cuando tenía quince años; comencé escribiendo un diario, y esto me llevó, más adelante, a elegir la autobiografía como mi campo de investigación, un género abandonado por la tradición francesa de crítica literaria. Primero escribí un resumen general de la Autobiografía en Francia, donde reflexionaba sobre los problemas teóricos del “pacto autobiográfico” y estudié las principales obras del género en Francia, desde Rousseau a Michel Leiris, así como Gide y Sartre. Entonces, a finales de los setenta, ensanché mis horizontes al ir más allá de las autobiografías literarias y considerar lo que en Francia se llama “écritures ordinaires”, autobiografías de cualquier persona. Mi bisabuelo, Xavier-Edouard Lejeune, un dependiente de comercio del siglo XIX, había dejado una autobiografía. Cuando la leí por primera vez en 1970, me pareció que era bonita, aunque gazmoña, aburrida y simplista. En 1978, en una segunda lectura, sin embargo, descubrí que yo había sido el simplista, y que aquel era un complicado texto prodigiosamente escrito de un modo engañosamente inge-

nuo que me había llevado a engaño. Así empecé a “descarrilar”, apartándome de la ortodoxia académica, como mis colegas académicos especializados en literatura lo describen, igual que si fuese un miembro de una organización terrorista. Ellos me desaprueban al preguntarme: “¿Pero dónde crees tú que están los límites de la literatura?”. No hay límites para la literatura, puede estar en cualquier parte.

Hasta ese día yo había seguido el estudio de las obras contemporáneas de genios, como las de Claude Mauriac, Georges Perec o Nathalie Sarraute, pero he adquirido paralelamente un gusto apasionado por los escritos cotidianos. He estudiado historia oral, *ghost writing*, autobiografías publicadas por cuenta del propio autor (*vanity press*), pero sobre todo escritos cotidianos del siglo diecinueve. Efectivamente, en los ochenta, comencé a lanzar frecuentes llamamientos en la prensa o en la radio, solicitando el préstamo de cualquier escrito autobiográfico que las familias pudieran conservar. Fueron algunas de las contestaciones que obtuve las que me dieron la idea de crear lo que ha llegado a ser la APA. Un día, recibí una carta en la que se venía a decir lo siguiente: “Señor, he leído su anuncio en... le escribo para decirle que no tengo ningún escrito autobiográfico en mis archivos familiares”. Estaba tanto más sorprendido cuanto que el resto de la carta era larguísima. Tras ciertas frases embrolladas, mi corresponsal llegó al meollo: “Aunque tengo algo que podría interesarle...”, y eso era su propia autobiografía. Entonces se tornó profusamente apoloético: “Lo siento, sé que no he nacido en el siglo diecinueve, pero...”. La primera vez que recibí una carta tal me sorprendió, sonreí. Después de considerarla un poco más, empecé a reflexionar, y ahora voy a reflexionar ante ustedes sobre el primero de los dilemas de mis corresponsales, o sea sobre el dilema en el que me encuentro actualmente.

¿Por qué mis corresponsales han fingido entender mal mi llamamiento? Porque no las tenían todas consigo. Las personas que han escrito o escriben diarios o textos autobiográficos, cuando alcanzan la segunda mitad de sus vidas, inevitablemente se preguntan qué será de sus escritos una vez hayan muerto. Además, especialmente cuando han escrito su propia historia de vida, les gustaría compartirla cuando todavía están vivos con algunos pocos congéneres. Son posibles tres soluciones. La primera sería, idealmente, la publicación: pero eso es casi imposible. Es una ilusión pensar que los editores impriman un millar de copias de todas las narraciones vitales y encuentren lectores para ellas. Los editores desestiman los manuscritos y el rechazo es muy penoso para las a menudo cándidas personas que los han enviado. Si un editor rechaza una novela, lo maldices, pero al instante te dices a ti mismo que escribirás una mejor. Si desestima tu autobiografía, no sólo es tu texto, sino *tu mismo* lo que se revoca y ciertamente no escribirás una segunda autobiografía. Estás tan desesperado que caes en la trampa de publicarte por cuenta propia. Pagas, estás impreso y nadie te lee. O puedes ser tan juicioso que imprimas unas pocas copias para entregar entre tu familia y amigos: una razonable aunque inusitada reacción. Una segunda solución podrían ser los archivos: en Francia, a menos que hayas sido

testigo de algo históricamente importante, no tienes ni la mínima probabilidad. Los archivos no cuentan con depósito. Los archiveros a menudo no tienen imaginación o espacio. Si apareces en los archivos regionales con tu diario bajo el brazo y lo ofreces, pensarán que estás loco y te darán un útil consejo: “Señor, o Señora, no está siguiendo usted el procedimiento correcto. Esto es lo que debiera hacer: primero, morir; después espérese cincuenta años, y entonces vuelva a vernos”. Algún ejemplar de los archivos personales merece ser aceptado a condición de que sea probada su capacidad de supervivencia durante cincuenta o cien años en un entorno hostil. La tercera solución es legarlo a la familia. Las familias no se preocupan mucho por las autobiografías. Adoran las memorias oficiales: en cualquier familia se dará con alguien –generalmente una mujer– que colecciona *souvenirs* y objetos memorables, que pega fotos en álbumes. A menudo se encontrará un aficionado a la genealogía; aunque éste no tenga nada que hacer con autobiografías o diarios que ofrecen una visión del mundo centrada en uno mismo, discrepante y algunas veces contraria a la del grupo familiar. Probablemente se avergüencen o escandalicen. Nadie es profeta en su propia tierra. Dios sabe lo que le ocurrirá a su legado. Así, muchas cosas son desperdiciadas en tales casos. En la mejor de las situaciones, las cosas se guardan sin más. En la siguiente generación el riesgo de que sean destruidas se multiplica por diez. Nadie recordará con claridad quién fuiste. Se pensará que “no puede ser de ningún interés para nadie”. Confiado al cubo de la basura; tal es el futuro de tu escrito. Así que escríbanme..

¿Qué pienso hacer con ustedes? Yo no soy un editor, ni un archivista, ni un miembro de sus familias. Sólo soy un ser humano que parece haber entendido el problema. Soy un salvavidas para aquello a lo que me ciño. ¡Pero no puedo ser un salvavidas para mí mismo! Por supuesto, siempre he contestado diciendo: “Sí, envíe su texto”. Siempre lo he leído y lo he comentado. Pero me he turbado considerablemente por dos razones. Primero, porque también tengo mis propias limitaciones. No estoy preparado para que me guste todo el mundo. Hay personas que detesto, experiencias que me desagradan, opiniones que encuentro repugnantes. No puedo identificarme con todos ni con todo. Puedo entender experiencias que difieran de las mías, pero no deseo ser forzado a aprobarlas. Cuando leo un libro publicado, o un texto depositado en los Archivos, no tengo que dar mis impresiones al autor. Soy inquebrantable, soy libre. Cuando recibo un texto personal, éste ya no es el caso. Estoy en contacto directo con él (o ella), él o ella espera una reacción de mí. En *Le pacte autobiographique* (1975), he subrayado la naturaleza referencial del compromiso con la verdad que hace tanto a la biografía como a la autobiografía diferentes de la ficción, pero erré al enfatizar la naturaleza relacional del compromiso que hace a la biografía y a la autobiografía diferentes entre sí: alguien que cuenta la verdad sobre su vida merece ser tenido en consideración, estimado y querido. Este es el requisito mínimo. La mayoría de las veces se espera cierta admiración por el texto y el estilo. En mi respuesta debo mostrar simpatía o admiración, sería grosero e irres-

petuoso no obrar así. Pero a la larga, es insostenible. La solución para los textos es que sean leídos por un grupo.

La segunda razón de mis preocupaciones concernía al futuro de los textos que recibía. ¿Qué puedo hacer? Advertir a quien quiera ser publicado de que sea cauto. Dirigir lo mejor que pueda y sin ilusiones a quienes intentan acceder a archivos receptivos. Pero no tengo a nadie a quien pueda dar a leer los textos. Y los armarios de mi piso no proporcionan una solución a largo plazo: están rebosantes de papeles y cuando yo muera, los míos propios así como cualesquiera otros papeles serán desperdiciados. No tengo nada que ofrecer... hasta el momento al menos.

Me hallé en ese dilema durante mucho tiempo. Además, estaba preocupado por otro problema. En Francia, no se lleva un catálogo sistemático de los textos autobiográficos que van siendo publicados ni de los que son guardados en archivos públicos, mientras que tal catálogo existe en los países anglosajones, así como en Finlandia, creo. Me he tomado cierto tiempo para establecer mis prioridades: catalogar los textos que ya están preservados es menos urgente que salvar textos que de otro modo podrían perderse. A finales de los ochenta tuve dos encuentros que me abrieron los ojos. Primero encontré a Pierre de Givenchy, un educador católico de Orléans. Él había creado una asociación de apoyo a adolescentes con problemas. Les ofrecía cartearse regularmente con un adulto, y esto le llevó a atesorar no sólo estas cartas, sino cualquier otra cosa que los adolescentes le confiaran: textos, poemas, diarios. Les habría dicho: “¿Queréis destruir vuestro diario? No lo hagáis, os arrepentiríais más tarde. Dádnoslo para conservarlo. Podéis recogerlo después, dentro de diez o veinte años. Nosotros los leeremos sólo si vosotros nos dais vuestro consentimiento”. Cerca de un centenar de diarios fueron depositados en esta suerte de oficina de objetos perdidos, así como montones de otros textos. Esto me ha dado la primera oportunidad de leer una serie de diarios de adolescencia contemporáneos, una experiencia impresionante. Entonces oí hablar de Pieve S. Stefano y en 1988 y 1990 asistí al festival anual que concede los premios de la autobiografía. En ambos quedé deslumbrado por la afabilidad y la inventiva del *Archivio*, y asqueado de que un premio a la autobiografía pudiera existir: era bastante cruel para los diez candidatos esperar en el estrado y, además, correr el riesgo de alentar arteramente al ganador como si su texto fuese a ser publicado. Cuando fue fundada la APA, tomé la firme resolución de no imitar al *Archivio* en ese extremo. Había de retomar una actitud más flexible desde entonces, en tanto que el premio no se otorga a un texto solamente, sino que realza el valor de los textos de todos los concurrentes y del género mismo. Y es una forma de asegurar que todos los textos serán leídos y conservados. A este respecto, en los últimos años, en Francia, gran cantidad de departamentos de la administración pública (como las estafetas de correos y las cajas postales) han organizado concursos de autobiografías entre su personal retirado. Acepté ser miembro del jurado y no lo lamento.

A finales de los ochenta mi alejamiento de la ortodoxia se acentuó. No sólo me

interesé por los escritos autobiográficos comunes, sino que desarrollé un interés apasionado por los diarios, que nunca antes había estudiado. Me embarqué entonces en una serie de indagaciones que culminaron en la publicación de *Cher cahier (Querido diario)* en 1990 y *Cher écran (Querida pantalla)* en 2000. En 1991, en colaboración con la historiadora Michelle Perrot, organicé un *symposium* de un día completo sobre “Archivos autobiográficos”, en el que se examinaban las distintas tareas para recabar y guardar los textos autobiográficos que había hallado en el extranjero –lástima que en Francia haya tan pocos. Me dirigí a los más importantes órganos de investigación franceses (CNRS, EHESS) para explicar mis proyectos de creación de un catálogo; me dirigí a autoridades locales para conseguir apoyo a mis planes de organizar eventos (Parque romántico George Sand, ciudad de Chambéry). En todos los sitios fui rechazado. Chantal me reconfortó, me aconsejó y finalmente ambos decidimos fundar la A.P.A.

Déjenme ahora describirles nuestro sistema de compilación y lectura de los textos, dejando a un lado la organización de eventos, aunque los dos aspectos estén inextricablemente unidos.

Cuando empezamos en 1992, estábamos llenos de buenas intenciones, teníamos algunos firmes principios y ni la remota idea de las dificultades que estaban aguardándonos. Improvisamos y formalizamos sobre la marcha. En octubre de 2000, tras ocho años de existencia, organizamos un fin de semana de reflexión crítica sobre nuestra práctica. Esto tuvo lugar en una casa solariega de Normandía, con cuarenta de nuestros lectores que habían sido observados y escuchados por un psicólogo, también buen amigo.

Tenemos dos grandes principios.

Primero, no queremos ocuparnos de la publicación, nunca publicamos ninguno de los textos que nos son confiados. Quienes los depositan retienen para sí los derechos intelectuales y la propiedad completa de sus textos. Si nos solicitan información o consejo acerca del mundo editorial, les respondemos. Pero nunca nos implicamos hasta el punto de aconsejarles la publicación, pues sabemos que el 99% de los intentos fallan. Esta actitud es congruente con nuestra negativa a organizar una competición: si la hiciésemos, el premio no podría ser otro que la publicación. No queremos establecer una jerarquía entre los textos, sino dar a cada uno de ellos la oportunidad de ser leído. Nuestra ambición es crear un sistema de “micro-lectura” (lectura a pequeña escala). Nuestra meta no es que tres o cuatro textos sean leídos por miles de personas, sino que miles de textos sean leídos por tres o cuatro personas. Es un desafío, pero nos las arreglamos para asegurar que cada texto sea leído, explicaré cómo en un momento.

Nuestro segundo gran principio es que nuestra práctica la hacemos para leer “en simpatía”. Esto significa que intentamos dar a cada texto una oportunidad, subrayando en nuestro informe su interés o aspectos atractivos, así como dejar a nuestros futuros lectores una información honesta sobre sus contenidos y estilo. Esto

resulta a veces un malabarismo; pero lo que un individuo aislado apenas podría arduamente conseguir, fue más factible para un grupo.

¿Cómo llegan hasta nosotros los textos? El apoyo que ofrecemos puede ser conocido a través de artículos periodísticos, de reuniones públicas y de viva voz. Hasta el momento, hemos conseguido alrededor de 180 textos al año; salvo algunos manuscritos o manuscritos fotocopiados, la mayor parte de las veces son textos mecanografiados. Envían textos más mujeres que hombres. El 75% de los textos son relatos, el 20% diarios, el 5% cartas. Conseguimos menos textos del siglo XIX y de gente joven. La mayoría procede de personas nacidas en las décadas de 1920 y 1930. El tamaño de los textos oscila entre veinte páginas y una serie de 65 cuadernos de 200 páginas cada uno; es difícil ofrecer un promedio. Preguntamos a la gente si prefieren que sus textos sean leídos más adelante, pues existe también la posibilidad de posponer la lectura hasta después de su fallecimiento o algunos años después. Los textos se recogen en la oficina de nuestra secretaria en Ambérieu, donde son inmediatamente clasificados. Cada mes los textos se envían por correo desde Ambérieu a las distintas partes de Francia para que sean leídos. Tenemos cinco grupos de lectura, que se reúnen una vez al mes: un grupo en Estrasburgo, uno en Aix-en-Provence, uno en Normandía, dos en París.

¿Qué ocurre durante esos encuentros? En primer lugar, el director del grupo presenta los nuevos textos recién llegados de Ambérieu y se “subastan”, por así decirlo. Los participantes toman los textos, tratan de formarse una impresión y entonces se los reparten de acuerdo a las supuestas afinidades y la curiosidad de cada uno de ellos. Cuando coges un texto te comprometes a leerlo para la próxima sesión: no obstante si, desgraciadamente, hubiese una incompatibilidad entre el texto y uno mismo, se puede devolver, explicar qué es lo que te incapacita para la revisión del texto (éste es siempre un momento interesante) y buscar a otro que lo lea. Los textos que recibimos son muy variados, y a veces sorprendentes o chocantes. Los miembros de los grupos también son variados, se conocen desde hace mucho tiempo, y por lo tanto tienen una opinión formada de cada uno de ellos y de las lecturas que han revelado ocasionalmente conflictos personales. Cada sesión es como un amistoso psicodrama, si se me permite decirlo así. Por muy reservados y moderados que puedan ser nuestros informes de los textos, la discusión en los grupos es libre y animada. Nunca un momento de aburrimiento en esas reuniones –y tengo una década de experiencia. Una vez que los nuevos textos han sido distribuidos, procedemos a la segunda fase del encuentro: cada miembro da un informe de los textos que él o ella ha cogido en la sesión anterior. Cuando coges un texto te comprometes a tres cosas: a escribir un informe sobre él, alrededor de una página, que será publicado en nuestro volumen bianual *Le Garde-mémoire (El guarda-memoria)*; a escribir una carta personal dirigida al donador; a rellenar una ficha de archivo. Aunque éste sea un trabajo individual, aunque la reseña vaya firmada, existe una responsabilidad colectiva de la APA, y por lo tanto todos los trabajos se examinan



minuciosamente. La reseña es leída, sus contenidos o estilo son criticados, se hacen preguntas, se sugieren enmiendas. Los méritos del texto autobiográfico son prolijamente discutidos, así se realzan los problemas existenciales y se compara con otros textos leídos anteriormente. La redacción del informe es materia delicada: el lector del *Garde-mémoire* debe ser fielmente informado pero el autor no debe ser ofendido. Efectivamente, a éste se le envía el informe antes de ser publicado para que pueda corregir inexactitudes, hacer observaciones. En nueve casos de cada diez, todo marcha sin novedad. En uno de cada diez, hay alguna fricción: el autor quiere corregir cierta expresión, añadir ciertos párrafos y algunas veces reescribirlo todo él mismo. Qué bendición no estar uno mismo implicado en este trance. Al final al autor se le dice que en tanto no esté satisfecho, su opinión será respetada y el informe no será publicado en el *Garde-mémoire*. En este punto el autor suele condescender. La parte final de la reunión, que es la más distendida de todas, se dedica a la segunda o tercera relectura de los textos que ya han sido reseñados. Algunos textos regresan directamente a Ambérieu tras la primera lectura: otros circulan dentro del grupo y son finalmente leídos por más o menos todos los miembros –los llamamos nuestros *best-sellers*.

Sólo para ilustrar las dificultades que nos topamos en las lecturas, les referiré un caso que fue discutido en la última reunión de mi grupo en junio. Uno de los miembros, una abuela de 65 años, leyó por casualidad dos años recientes del diario de un sexista de mente calenturienta, pleno de obscenidad y menosprecio hacia las mujeres. La elección fue por completo equivocada, pues debería haber sido leído por un hombre –pero solamente hay dos hombres en mi grupo, frente a ocho mujeres. De todos modos ella leyó su reseña en voz alta: estaba muy bien hecha, objetiva, distanciada, describía el texto casi sin una sola traza de ironía y manteniéndose al margen de cualquier vulgaridad. Después añadió que en su carta al autor intentaría persuadirle para que no enviase más fragmentos de su diario. Nosotros protestamos y se inició una animada discusión. La herencia autobiográfica no debe acostarse en el lecho de Procusto de nuestros gustos o ideologías personales. Debemos aceptar, leer y conservarlo todo. Esto no quiere decir que cada uno de nosotros, a título personal, debamos aprobarlo todo. La discusión fue un paso más allá: ¿en caso de que recibiésemos textos antisemitas o racistas? Bueno, los aceptaríamos. Ciertamente, sería difícil leerlos “en simpatía” y circularían lo menos posible. Pero nuestra obligación es aceptarlos. Después la discusión enfiló hacia el caso Renaud Camus. Renaud Camus había sido el blanco de una violenta campaña de prensa por haber escrito lo que muchos juzgaron pasajes antisemitas en una entrada de su diario publicado. Básicamente, lo interesante de un texto autobiográfico es que el mismo autor describa lo que ve, con espíritu de veracidad. La gente no es santa... ninguno de nosotros lo somos. No estamos en disposición de otorgar galardones a la virtud. Ni en disposición de imponer nuestros valores a los otros como si fueran reglas naturales. Uno de los mayores peligros de los grupos como al que yo pertenezco es el

consenso ideológico, y la tiránica mojigatería de la corrección política. Hay temas que ya no cabe discutir. Gracias a Dios, otros grupos de la APA. son menos homogéneos y por lo tanto más tolerantes. Estos problemas prácticos nos remiten al intrín-gulis de la experiencia autobiográfica: ¿estamos realmente preparados, y anhelantes, para leer sobre las vidas de otras personas y confiamos en poder hacerlo?

Otra de nuestras dificultades es cómo reaccionar ante los textos autobiográficos de aquellos que han sido vapuleados por la vida y para quienes la escritura es un desahogo, o bien una manera de superar la infelicidad. ¿Qué hacer con textos rebosantes de desesperación, odio, venganza, obsesiones, manías? No son muchos, pero sí suficientes para ser considerados. La autobiografía entonces ya no es tanto una herencia, sino un sanatorio. El leer con “simpatía” y el escribir una reseña que tranquilice al donador mostrándole que sus quejas han sido escuchadas, que es respetado, y que al mismo tiempo ofrezca al lector de esa misma reseña un indicio del estado mental del autor, es un ejercicio difícilísimo. Al principio consideramos la creación de una unidad psicológica especializada, pero desestimamos ese enfoque médico, y estos casos se tratan por el grupo en cuestión junto a los restantes casos, e intentamos encontrar empíricamente vías de apoyo al autor (cartas, reuniones,...) e incluso, algunas veces, protegernos también a nosotros mismos.

Puesto que estoy tratando las dificultades, déjenme mencionar otra más: la experimentada por un grupo que ha de leer la autobiografía de uno de sus miembros. Mientras la narración aborde la carrera profesional o las vacaciones, no hay problema. Pero si relata experiencias difíciles o traumáticas, te expones al engorro de tener que cambiar tu forma de ver a una persona que te cruzas regularmente, y a quien, a través de ese texto, le allanas la vida íntima. Así le ha sucedido a uno de nuestros grupos este año, que se ha resistido durante varios meses al ofrecimiento de una de sus miembros a hablar de su diario de adolescencia.

Y hablando de diarios les mencionaré sus dificultades específicas. Hay dos tipos de diarios: los vivos y los muertos. Un diario muerto es, o bien el diario de una persona fallecida, o bien el diario de una persona viva que lo haya abandonado y que nos envía episodios extraídos de él, episodios que se leen casi como genuinos relatos. Un diario vivo es el diario que el autor aún mantiene y que nos entrega por fascículos (rogamos no enviar actualizaciones cada tres meses, sino sólo una vez al año). Hay diarios del tamaño de un libro y “relatos monstruosos” (un baúl repleto de cuadernos manuscritos). Decidimos en cada caso qué tipo de lectura es más conveniente. Existen cuatro soluciones: 1) enviar el texto a un grupo de lectura por la vía normal; 2) entregar el texto a un lector especial que se convertirá en corresponsal con el diarista; 3) dar el texto a un grupo para su lectura colectiva (cada miembro lee parte de él y después las reuniones se organizan para sintetizarlo y exponer opiniones en común); 4) esperar...

Hay una última dificultad que debería mencionarse y que surge tanto en los diarios como en los relatos. A veces nos horrorizamos por el daño que podría causar un

texto si éste fuese leído por la familia del autor, o en su lugar de trabajo. Se mencionan nombres (si bien en ocasiones aconsejamos al autor usar pseudónimo) y se dicen muchas cosas desagradables o indiscretas. Para nosotros es sorprendente descubrir que esto no se le haya ocurrido al autor, o que le traiga sin cuidado. Debemos pensar por él...

Los comentarios que acabo de hacer pueden sonar negativos y darles una impresión equivocada sobre la atmósfera de nuestros grupos de lectura. Somos lectores felices y no por las razones que algunos puedan imaginar. A menudo nos preguntan compasivamente: “¿te has cruzado con algo en los textos que merezca la pena, algo que pudiera ser publicado?”. Es difícil hacer entender al que pregunta que ésta es una cuestión sin el menor sentido. Se publica toda clase de cosas que yo encuentro bastante mediocres. Nuestro propósito no es publicar. Nuestro mayor placer es ser sorprendidos: contrariamente a la infeliz gente que únicamente lee libros (vale decir, trabajos escogidos por otros), nosotros somos totalmente libres, nadie dicta lo que debemos leer, lo desconocemos todo de antemano y cada texto es un descubrimiento. Con la autobiografía la calidad no es un problema, como puede serlo con la poesía o la ficción. La intención de una novela es ser una buena novela, de modo que puede ser juzgada como mala. La intención de una autobiografía no es ser buena sino ser verídica, lo que raramente deja de ser.

No somos consumidores estrictos que requiramos que nos sea dada la diversión o la verdad prefabricada. La diversión experimentada por el lector de autobiografías en parte deriva de su propia actividad, que se nutre incluso de los aparentes “defectos” de un texto alusivo, mal concebido, penosamente escrito, desagradable o insincero. Una parte de nosotros concede una segunda oportunidad al texto y de alguna forma llegamos a ser sus co-autores, tanto más cuanto que lo integramos como parte de un tipo de fresco unísono compuesto por todos los otros textos que hemos leído con la APA. El disfrute es máximo si es compartido y los textos contribuyen al permanente intercambio que tenemos entre los miembros del grupo (es una dinámica característica de todos los grupos de lectura, tanto si leen volúmenes como textos inéditos).

El único límite a nuestra felicidad es que nos gustaría compartirla, con todo lo difícil que resulta. Como ya habrán comprendido, no queremos “publicar”, podría arruinarlo todo. Queremos desarrollar redes de “micro-lectura”. Intentamos depositar textos en bibliotecas públicas, pero es un trabajo ímprobo y no da buenos resultados. Propusimos a los miembros de la APA fundar una “biblioteca ambulante”, pero sin éxito por el momento. Intentamos con insistencia, y este parece ser un acercamiento más prometedor, persuadir a investigadores en historia y ciencias sociales para que vengan y lean series de nuestros textos.

Terminaré hablándoles de la decisión tomada el mes pasado por mi grupo. En realidad, no he mencionado otro problema que tenemos: el hecho de que no recibamos suficientes textos para satisfacer los apetitos de las cincuenta personas de nuestros

cinco grupos de lectura. Cuando Chantal y yo fundamos la APA, espíritus amables nos habían advertido: “estáis abocados a ser agobiados por un flujo enorme de textos”. Falso. No hemos sido agobiados. Es difícil desprenderse de un texto autobiográfico o un diario para arrojarlo incluso al ámbito confidencial de la APA. Estos últimos tres o cuatro años, hemos mantenido estable el número de textos. Consecuentemente, nuestro grupo decidió detener la lectura durante un año, a fin de releer. Escogimos el período de 1939-1945: cada uno de nosotros intentará establecer una agenda de lectura personal al margen del *Garde-mémoire*, el catálogo de los textos recibidos en los últimos diez años. Si vuelvo a participar en su Revista en unos años, les contaré nuestros logros. Gracias.

Traducido por Fernando Lores